



Enrique Crespo. TRAUMATÓLOGO Y CIRUJANO TAURINO

“Tenemos entre cinco y diez minutos para salvar una vida”

Gloria Sánchez-Grande



–Dice que ni quería ser médico ni le gustaban los toros. ¿En qué momento cambió todo?

–Es cierto que cuando era pequeño quería ser arquitecto, como uno de mis abuelos. Pero había que estudiar mucho y, al final, viniendo de una antigua saga de cirujanos, terminé estudiando Medicina. Tampoco es del todo exacto decir que no me gustaban los toros, porque desde niño mi padre me llevaba al tendido de la plaza de Zamora.

–¿Cómo continuó la historia?

–Cuando ya era estudiante de Medicina, él se empeñaba en llevarme al Hospital Ruber para ayudarlo a operar. Y también le acompañaba a las enfermerías de las plazas. Ahí fue cuando empecé a ver cómo curaba y salvaba a heridos en plazas modestas. Entonces me di cuenta de la importancia y la trascendencia que tiene la cirugía taurina.

–¿Qué recuerda de la primera vez que entró en una enfermería de plaza de toros?

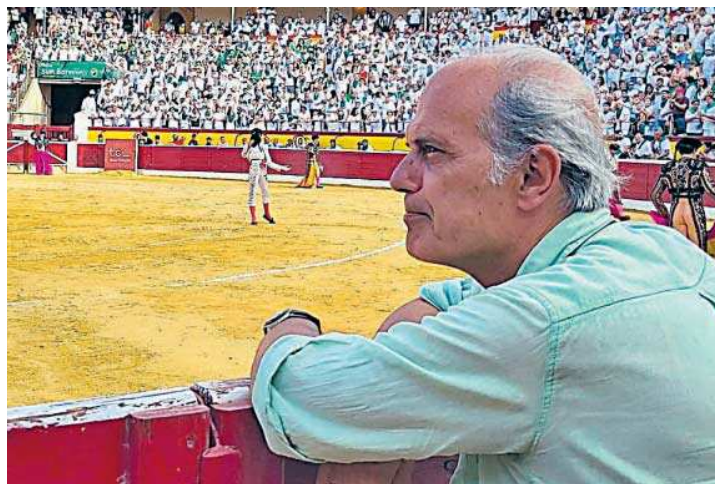
–Recuerdo exactamente lo mismo que me dicen ahora muchos jóvenes que vienen a formarse conmigo: “A ver si hay una cornadita y la operamos”. Y afortunadamente —lo digo ahora— aquel primer día no pasó nada.

–Usted suele decir que el éxito de la cirugía taurina es la inmediatez. ¿Cuántos segundos pueden marcar la diferencia entre la vida y la muerte?

–Las cornadas se curan siempre mejor cuanto antes las operes. Afortunadamente son escasas las heridas que ponen en riesgo inmediato la vida. Pero, salvo en aquellas que consideramos mortales de necesidad, solemos tener entre cinco y diez minutos para controlar las cornadas más graves.

–La cornada tiene fama de ser la herida más traicionera. ¿Qué la hace tan diferente?

–Es una herida anfractuosa, es decir, que genera varios trayectos y



E. C.

Un oficio donde cada segundo cuenta

Dice que de niño quería ser arquitecto y que la vocación médica llegó después. Pero Enrique Crespo Rubio (Madrid, 1957) pertenece a una larga saga de cirujanos taurinos y ha terminado dedicando su vida a un oficio donde cada segundo cuenta. Traumatólogo en el Hospital Quirón Ruber Juan Bravo y jefe de equipos médicos en numerosas plazas españolas, lleva más de cuatro décadas atendiendo cornadas.

fondos de saco cuando el pitón penetra. Para descubrir bien esas lesiones tienes que ser radical y abrir la cornada por completo. Además, es una herida muy contaminada, con gérmenes muy virulentos y con

den entrar varios heridos a la vez. ¿Cómo se toman decisiones médicas bajo esa presión?

–Primero, teniendo la enfermería preparada para hacerlo. Durante el Carnaval del Toro de Ciudad Rodrigo, por

jar en situaciones de aislamiento sanitario es, probablemente, el mayor logro profesional que puede alcanzar un médico de las plazas de toros.

–Hace pocas semanas vivió en Ciudad Rodrigo una tragedia muy dura. ¿Cómo gestiona un médico un momento así cuando sabe que no hay nada que hacer?

–Con una gran desesperanza médica y con el consuelo del páter, don Víctor, que siempre está a nuestro lado en esos momentos.

–La cirugía taurina no está en los planes de estudio de Medicina. ¿Dónde se aprende?

“La cornada es una herida anfractuosa, traicionera y muy contaminada, con gérmenes muy virulentos”

presencia de cuerpos extraños: trozos de cuerno, lentejuelas del traje, arena... Todo eso favorece la infección con el paso de los días.

–En una corrida o en un festejo popular pue-

ejemplo, hemos llegado a operar a tres heridos de forma simultánea. Las decisiones se toman con la experiencia que te da llevar muchos años en esto. Saber decidir y adaptarte a traba-

–Se aprende en los callejones, compartiendo las angustias con los toreadores; en los burladeros, observando los percanes; en la enfermería, asistiendo a los heridos; y en el hule, operando las cornadas. No hay otra forma.

–En una escala del 1 al 10, ¿cómo de raro hay que ser para dedicar la vida a esperar cornadas en la plaza?

–No hay que ser raro. Lo que se necesita es vocación sanitaria: esa que te obliga a sanar, a curar y a salvar al traumatizado al que el toro le ha quitado la salud. Y, tristemente, esa vocación cada día es más rara de encontrar entre los profesionales médicos.

–Un momento en el que pensó: “por esto merece la pena ser médico”.

–Trabajo a diario en el Hospital Quirón Ruber, donde atendemos y operamos a muchos pacientes con patologías osteoarticulares a veces muy severas. Pero debo reconocer que no tengo la sensación de haber salvado una vida en esos 35 años de hospital como sí soy consciente de haberlo hecho en las enfermerías de las plazas de toros durante los 45 años que llevo asistiendo en ellas.

–Después de tantos años viendo de cerca la vida y la muerte, ¿qué le ha enseñado esta profesión?

–Que Dios nos ha puesto en este mundo para socorrer a quien lo necesita.